

ducido fuera una simple imitación, ajena por completo á su peculiar manera. En imaginaciones del templo de la de Acuña, el servilismo más ó menos disfrazado, es de todo punto imposible. Recuerdos hay—es positivo—muy salientes de Campoamor y de Becquer, en las producciones del malogrado ingenio mexicano, como lo testifican sus *Hojas secas* y las *Doloras* que dejó escritas; mas el mérito de semejantes composiciones nos parece tanto, que los mismos bardos españoles no se desdenarían en colocarlas—y en sitio preferente quizá—entre las por ellos dadas á luz de la misma índole.

Como prueba de lo que acabamos de afirmar, recuérdense la *cuarta, décima y décimacuarta* de las *Hojas secas* ya mencionadas.

Hélas aquí:

«En Dios le exiges á mi fe que crea,
Y que le alee un altar dentro de mí;
¡ Ah! Si basta no más con que te vea
Para que yo ame á Dios, creyendo en tí!

10

Las lágrimas del niño
La madre las enjuga,
Las lágrimas del hombre
Las seca la mujer....
¡ Qué tristes las que brotan
Y bajan por la arruga
Del hombre que está solo,
Del hijo que está ausente;
Del ser abandonado,
Que llora y que no siente
Ni el beso de la cuna
Ni el beso del placer!

14

El cielo está muy negro, y como un velo
Lo envuelve en su crespón la oscuridad;
Con una sombra más sobre ese cielo
El rayo puede desatar su vuelo
Y la nube cambiarse en tempestad.

Ahora prestemos atención á su bella y melancólica *Dolora* que lleva por título: *Mentiras de la existencia*:

¡ Qué triste es vivir soñando
Con un mundo que no existe!
Y qué triste

Ir viviendo y caminando,
Sin ver en nuestros delirios,
De la razón con los ojos,
Que á hay en la vida lirios,
Son mucho más los abrojos.

Nace el hombre y al momento
Se lanza tras la esperanza,
Que no alcanza

Porque no se alcanza el viento;
Y corre, y corre, y no mira,
Al ir en pos de la gloria,
Que es la gloria una mentira
Tan bella como ilusoria.

Nave al correr como loco
Tras la dicha y los amores,
Que son flores

Que duran poco, muy poco!
No ve cuando se entusiasma
Con la fortuna que anhela,
Que es la fortuna un fantasma
Que cuando se toca vuela!

Y que la vida es un sueño
Del que si al fin despertamos,
Encontramos

El mayor placer pequeño,
Pues son tan fuertes los males
De la existencia en la senda,
Que corren allí á raudales
Las lágrimas en ofrenda.

Que el amor es tan ligero
Cual la amistad que mancilla
Porque brilla
Sólo á la luz del dinero;
Y no ve cuando se lanza
Loco tras de su creencia,
Que son la fe y la esperanza
Mentiras de la existencia.

Los goces nacen y mueren
Como puras azucenas,
Mas las penas

Viven siempre y siempre hieren;
Y cuando vuela la calma
Con las ilusiones bellas,
Su lugar dentro del alma
Queda ocupada por ellas.

Porque al volar los amores
Dejan una herida abierta
Que es la puerta

Por donde entran los dolores;
Sucediendo en la jornada
De nuestra asazora vida,
Que es para el pesar « entrada »
Lo que para el bien « salida »

Y todos sufren y lloran
Sin que una queja profieran,
Porque esperan

Hallar la ilusión que adoran...!
Y no mira el hombre triste
Cuando tras la dicha corre,
Que sólo el dolor existe
Sin que haya bien que lo borre.

No ve que es un fatuo fuego
La pasión en que se abrasa,
Luz que pasa

Como relámpago, luego;
Y no ve que los deseos
De su mente acalorada,
No son sino devaneos,
No son más que sombra, nada.

Después de estas ligeras muestras que revelan, no ciertamente bajo su aspecto más elevado el magnífico estro del infortunado vate, bastará citar, como pruebas inequívocas de su ardiente, apasionada y sublime fantasía, sus tan conocidas cuanto justamente celebradas composiciones, *El hombre*, *La ramera*, *Ante un cadáver*, y su entrañablemente sentido *Nocturno á Rosario*, capaces ellas solas, aunque no existiesen otras, de hacer inmortal el nombre de su autor en las páginas más ilustres del « Parnaso Mexicano. »

Y no queda duda que á pesar de sus lamentables infortunios, los cuales parece que se empeñan en perseguirle aun más allá del sepulcro, su inmortalidad está asegurada, y, por lo tanto, su memoria no perecerá.

La profunda, trascendental y filosófica inspiración, tan ajena de sus pocos años, la elevación de sus propósitos, la galanura de la forma y la entonación robusta, interesante, y en ciertas y determinadas ocasiones hasta avasalladora, de sus valientes concepciones, son títulos harto atendibles y meritorios que garantizan cuanto dejamos sentado hasta aquí, y explican á la vez el entusiasmo creciente que propios y extraños sienten por tan distinguida personalidad literaria, á medida que el tiempo pasa y se van reconociendo mejor las envidiables y apreciabilísimas dotes poéticas que la adornaron.

Con razón, pues, juzgamos que ha podido exclamar uno de sus admiradores más entusiasta:

« Yo sé que no estás muerto: cada nota
Que se arrancó de tu gallarda lira
Sobre las perlas del torrente flota,
Sobre las alas de los vientos gira:
Modula entre las flores
Y titila en el rayo de la estrella,
Anida en la garganta del sinsonte,
Vive en las crestas del andino monte
Y en la luz del relámpago destella;
Murmura con las almas soñadoras
Plegarias de infinita melodía,
Rueda en el manto de la noche fría,
Y tiembla en el carmín de las auroras....
¡ Adiós! ¡ Adiós! Cantor incomparable,
Lira de arcángel, corazón de atleta;
Calle ante ti la lira miserable
Que no distingue el barco deleznable
Del corazón alado del poeta!.... » *

México, Diciembre de 1885.

E. FUENTES Y BETANCOURT.

REVISTA MADRILEÑA DE SALONES Y MODAS.



Dijo el Rey Alfonso! De aquella juventud brillante, de aquella monarquía á cuya sombra horas de paz dieron dulce reposo á la agitada España, sólo quedan unos tristes despojos en el sombrío Escorial.

La corte española, con tan funebre motivo, hizo aparatosa ostentación de su majestuosa y tradicional esplendor. Negras nubes se amontonaban en nuestro hermoso cielo, cuando el cadáver del joven monarca se despedía para siempre de su amada capital; numeroso público presenciaba el desfile de la impo-

El palacio real es hoy la mansión del dolor; en sus lujosos salones llora sus desventuras la reina regente, en tanto sus infantiles hijas se entregan risueñas y descuidadas á los juegos propios de su edad, ignorando por completo la amargura que encierra el gobierno de un país tan agitado como el nuestro.

Una mujer rige actualmente los destinos de España, sensible y buena; antes fué esposa enamorada, y hoy es madre amantísima; ¡ojalá lo sea para todos los españoles! Así pueden conjurarse los graves males que nos amenazan.

Alguien ha hablado de la probabilidad de elevar un monumento en la Puerta del Sol, á la memoria de S. M. Alfonso XII. De realizarse el proyecto, desaparecería el surtidor que adorna el centro de tan concurrido sitio, para que fuese colocado allí el mencionado monumento.

No sabemos si se llevará á efecto la idea, pero, desde luego, nos parece buena.

* Juan Cancio Tobon, en su oda *Á María el Arcángel*.